



**LOS QUE VEN**  
**DANIEL ANDUEZA GAY**



**Créditos:**

**LOS QUE VEN**

**Primera edición digital:** mayo 2020

**ISBN:** 978-2-490290-35-2

**Autor:** Daniel Andueza Gay

**Diseño de portada:** Rafael Garrido ([www.crowmatthew.com](http://www.crowmatthew.com))

**Prólogo :** Juan Ángel Laguna Edroso

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

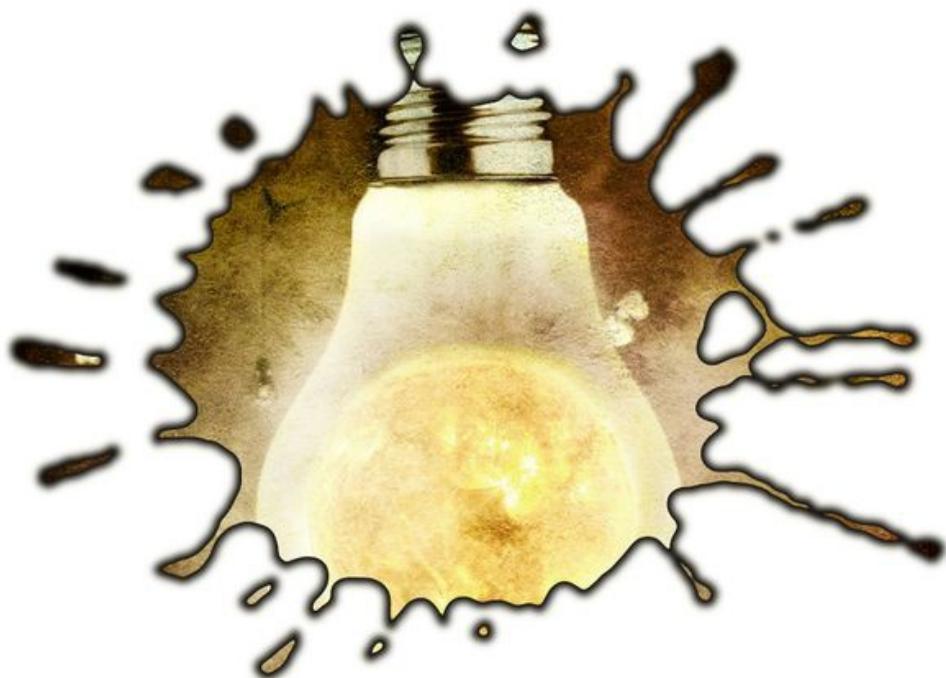
**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# LOS QUE VEN

Daniel Andueza Gay

# Ecós en la noche

AUNQUE NO FUE LA PRIMERA EN CAPTAR SUS REFLEJOS, la sombra de H.P. Lovecraft es alargada en lo que se refiere al horror cósmico. Tanto que, a día de hoy, parece ineludible seguir sus pasos cuando se aborda este interesante subgénero del terror. Méritos y razones para ello existen, sin duda, pero sus insondables profundidades merecen escritores valientes que se atrevan a explorarlo por otras sendas. Eso es, lector, lo que encontrarás en estas páginas.

**Daniel Andueza Gay** nos presenta en este libro tres historias con un sutil hilo conductor: tratan el terror ligado a la propia insignificancia humana, a la zozobra de enfrentarnos a fuerzas muy superiores en escala a nuestra propia naturaleza. Estas, por lo general dormidas, podrían despertar en un momento dado y mostrarnos, sin siquiera pretenderlo, cuán pequeños somos. Si en la Antigüedad el hombre vislumbraba este precario equilibrio al contemplar la erupción de un volcán, al que podía ligar con la cólera de Hefestos, en nuestros tiempos, donde los dioses han sido apenas conservados como un vestigio cultural, el vértigo que sufrimos al reparar en él nos llena de angustia. No es una sensación nueva, sin duda, pero la perspectiva sí que ha cambiado y, por lo tanto, también debería hacerlo el modo en el que la abordamos.

A principios del siglo XX, el enunciado de la Teoría de la Relatividad de Einstein y los descubrimientos en el campo de la astronomía llevaron al maestro de Providence a poner la mirada en mundos que cohabitan con el nuestro pero cuyas raíces se encontraban más allá de las estrellas. En cierto modo, la zozobra asaltaba también al buscar horizontes lejanos, que empequeñecían nuestra existencia aquí y ahora. Por el contrario, en *Los que ven* ese horror cósmico es transportado a la puerta de nuestros hogares, como si se hubieran querido respetar las leyes del terror clásico de M.R. James o hacer un mestizaje con la escuela de Stephen King.

Así, aun cuando arrancamos con un homenaje más que evidente a H.P. Lovecraft y sus Mitos de Cthulhu, a medida que avanza la narración nos encontramos con que el acento está puesto en el ser humano. Lejos de

abordar el horror cósmico como un pavor existencial teórico, se confronta al lector en primera persona con sus simas insondables. Las lecturas, así, se entremezclan y se enriquecen con matices que, sin adular la espina dorsal de los mismos, dan a estos miedos una profundidad mayor.

En los tres relatos largos –o novelas cortas– que componen este volumen, *Cuando se agitan en sueños*, *Ladrones de auras* y *Mothman, heraldo sin voz*, existe un latido común: el lugar precario y acosado del ser humano en un universo que no gira a nuestro alrededor, sino del cual no somos siquiera un engranaje de primer orden. Este, sin embargo, no eclipsa otros tonos, otros golpes en la noche que nos hablan de la soledad dentro de una sociedad ciega y sorda, de la angustia de la pérdida, del dolor ante lo incomprensible, del sufrimiento por encontrar nuestro lugar en el orden de las cosas, de la desesperación frente a las circunstancias... En el ambiente enrarecido que nos deja la crisis que está viviendo nuestra civilización occidental, *Los que ven* demuestra que el horror cósmico no es solo un divertimento intelectual o un entretenimiento ocioso, sino también un terreno propicio para hablar de las intimidades del espíritu humano, de ese alma o esencia que no está reñida con el llamado terror materialista, sino que, bien al contrario, está íntimamente ligada al mismo.

En cierto modo, las historias que aquí se presentan son como un mensaje arrojado en una botella, escrito en clave, cuyos ecos captamos de inmediato pero cuyo significado más profundo tenemos que desentrañar con mayor atención. No es de extrañar que **Daniel Andueza Gay** optara por el morse como hilo conductor de las tres historias. Después de todo, refleja también la naturaleza de los tres narradores protagonistas de estas historias, que intentan transmitirnos su verdad a pesar de que no todos estamos capacitados para entenderla o aceptarla: son los sin voz, aquellos condenados a una *aphasia* como las que encontramos en los antiguos mitos helénicos: bendecidos con una clarividencia, con un conocimiento secreto, que por mucho que griten no será escuchado en una sociedad sepultada por su propio ruido.

Esta es la maldición de *Los que ven*: la consciencia de la insignificancia, el horror del aislamiento, la angustia de la incomunicación. El dolor enloquecedor de saber que no somos más que un accidente, una brizna de polvo que será barrida por los vientos cósmicos que anidan ya, aunque no queramos verlos, en los intersticios de nuestro propio mundo. Aunque nadie nos escuche cuando advertimos de su llegada.

Juan Ángel Laguna Edroso  
Eyriac, 3 de mayo de 2017

A mis abuelas, *Fredes* y *Trini*,  
a mis abuelos, Emiliano y Daniel, y a mi tía Caya.  
Ya no estáis, pero vuestro recuerdo permanece.  
Quizá alguna noche volvamos a encontrarnos.

# Cuando se agitan en sueños

CUANDO SE AGITAN EN SUEÑOS, la tierra tiembla y se resquebraja bajo su peso. Si algún día despiertan, nada volverá a ser igual. Nadie los recuerda. ¿Cómo podríamos? Se tumbaron a descansar cuando el mundo era joven. Muy joven. Ningún ser humano estaba allí para verlo.

Sin embargo, alguien lo hizo. Quiso dejar testimonio del horror que presenció. ¿Qué clase de criatura se habría tomado tanto trabajo? ¿Para qué? ¿Qué advertencia esconde el extraño Santuario? Y aunque conociéramos las respuestas, ¿qué íbamos a poder hacer contra algo tan formidable?

Aun así, horadamos sus miembros, quebramos su médula hasta triturarla sin saberlo. ¿Qué pasará cuando quieran levantarse? O quizá apenas son las capas más exteriores las que mancillamos; lascas de piel muerta... Arañando la superficie, así demostramos nuestro ridículo poderío.

Sólo las manos que escriben esta crónica han sentido su pulso inconmensurable bajo la coraza de roca. Sólo los ojos que guían estas manos temblorosas han visto su imagen, inédita desde hace eones.

¿Cómo es posible? ¿Sólo yo?

Nos rodean. Están por todas partes. ¿Nadie más los oye respirar? ¿Sólo estos oídos escuchan latir sus colosales corazones de piedra? ¡Por Dios! ¿Nadie ha paseado nunca con los pies descalzos por la hierba? ¡Están ahí! ¡Justo debajo! ¡Sólo hay que agacharse y...!

Debo tranquilizarme. Tampoco este corazón desbocado se había dado cuenta hasta hace poco. No basta con mirar, con escuchar... Nuestros sentidos tienen limitaciones. La vida nos rodea por todas partes y no somos conscientes. La vida, en formas inesperadas. Bajo condiciones y particularidades como nunca habríamos podido soñar.

Y tan cerca...

Se trata de hacer las preguntas adecuadas. O de dar el enfoque correcto a las cuestiones que nos planteamos una y otra vez. ¿Habrà vida en otros planetas? No está mal como pregunta, no.

¿Y si nos preguntáramos: hay vida en este planeta? ¿Más de la que estamos acostumbrados a reconocer como tal? A un palmo de nuestros pies. De nuestras casas... Enormes, pesados. Poderosos.

Escribo y los oigo respirar. Por cada uno de sus poros innumerables. Infinitos, en apariencia... ¿Cuánto dura cada inhalación? ¿Un siglo? ¿Mil años? ¿Y cada exhalación? Parece que siguen un ritmo. Una cadencia acompañada los acuna, nos mece a todos en una melodía terrible que somos incapaces de escuchar.

Pulgas sobre la espalda de un elefante...

Me quedo corto.

¿Tendremos siquiera una oportunidad de verlos cuando se alcen?

-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-.  
-...

Despedido. ¿Cómo se me ocurre escribir semejante sarta de disparates? ¿De qué hablo? Lo entiendo, pero no podía dejar pasar la oportunidad. Se espera que una columna de economía hable sobre economía, claro. No que recoja desvaríos oscuros e imprecisos.

Espero que haya merecido la pena. Que la curiosidad, aunque sólo sea motivada por el desprecio, atraiga a alguien a esta nueva ubicación de mis «locuras». Sea la red de redes la que recoja este testimonio, entonces.

Una ventaja ha de tener, al menos, este nuevo medio de expresión virtual. Puedo empezar desde el principio y ser ordenado. Nada de plazos, ni límites de extensión. O puede que sí... Quizá que una persona los haya descubierto, al fin, signifique algo. ¿Y si...?

¡Oh, Dios, no estarán apunto de despertar!

¡El tiempo se acaba!

-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-.  
-...

Retomo este desvarío una vez repuesto. Lo bastante para escribir, al menos. El estado de postración que invadió mi alma me ha tenido enfermo varios días. Ojalá haya alguien todavía al otro lado, leyéndome a través de la red electrónica.

La revelación entró como un torbellino en mi mente mientras escribía,

me aturdió de tal forma que estuve varias horas frente al ordenador, sin poder pestañear ni mover un músculo. Agotado, caí al fin sobre la mesa, frío y exangüe. Pude más tarde arrastrarme hasta la cama, de la que no he conseguido levantarme hasta ahora.

El cuerpo me exige alimento y sosiego, pero tengo una misión que cumplir. Un testimonio que dar. No es justo que una sola persona cargue con este terrible secreto. Aunque, ¿qué podrían hacer mis compañeros de especie, salvo compartir esta desdicha?

Despertar...

Sólo mencionar la palabra maldita hace que el agotamiento se adueñe de nuevo de mi corazón desfallecido. Debo sobreponerme. El miedo no va a ayudarme. Y no tiene sentido preocuparse por lo que vaya a venir. Tampoco va a poder hacerse gran cosa, me temo.

Debemos conformarnos con saberlo: vamos a desaparecer sin dejar rastro.

Empecemos el testimonio, entonces. Aquella noche maldita... Debí quedarme en casa. Seguiría con mi vida tranquilamente. Sumido en la ignorancia, sí. Y qué más da, de qué me sirve conocer este horror...

Viernes por la tarde. Cervezas con los amigos, unas risas. Planes para el día siguiente. Ir al monte, nada menos. ¡Si no habíamos ido en la vida, por favor! ¿A qué venía semejante idiotez? Si piso una sombra en la acera y me tropiezo. En fin... Y a una cueva, nada menos. Que si este conocido va mañana, que si tiene linternas como las de los mineros, que si luego bajamos a almorzar nosedónde... Éste se apunta. Y el otro. Y el de la moto. Y yo.

Nunca me arrepentiré lo suficiente.

Aquella maldita caverna sin fin me reveló lo que era de verdad.

¿Por qué?

¡Por qué!

¡POR QUÉ!

-. . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . . - . . . . .  
- ...

De nuevo interrumpido por mi propia debilidad. De nada sirve dejarse dominar por la desesperación. Ignorancia bendita... Qué falta me hacía a mí pasar el día en el campo, con lo bien que se curan las resacas dormitando



oscuridad de los que no conservo recuerdos, salvo la sensación de miedo. De horror.

Espero que los comprimidos, si no me ayudan a recordar, al menos me proporcionen fuerzas para cumplir la tarea que me he propuesto: dejar constancia de la realidad que nos rodea y nos negamos a ver. Tampoco yo quería creer lo que mostraban mis ojos allá abajo, perdido entre la noche sin fin de aquella oscuridad maldita...

Al principio todo eran risas y jolgorio. Todo amplio, limpio y diáfano. Luego la cavidad se estrechó. El barro, los primeros resbalones. La emoción del momento y las linternas sobre las cabezas enmascaraban la oscuridad y la opresión que se cerraban sobre nosotros sin saberlo.

Sobre mí, al menos.

Para cuando quise darme cuenta, estaba solo. ¿Dónde estaba todo el mundo? En qué estaría pensando. Siempre en Babia. ¿Pero cómo es posible perderse de semejante manera? Igual era mi destino... Destino cruel, entonces: ver lo que sólo una mente enferma puede imaginar. Nada que una persona en su sano juicio vaya a creer jamás

Puede que alguien me haya elegido.

Alguien o algo. Esas cosas, tal vez. ¿Es posible que puedan, en medio de su sueño, percibir lo que las rodea? ¿Notaron mi errático deambular cuando caminaba solo, indefenso y asustado a través de sus entrañas?

Se me agarrotan los dedos sólo de pensarlo, como si intentaran recogerse dentro de mi mano, aterrados ellos también. Pero no... Su sueño es profundo. Eso creo. Quién sabe hasta cuándo...

Quizá los seres que veneraron a los Durmientes siguen vivos de alguna forma y me guiaron. ¿Cómo si no encontré el camino al Santuario en aquel laberinto negro y espeso? Me llamaban, me dirigían...

-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-. -...-.  
-...

Patinazos de una mente agotada... Releo días después las últimas líneas, escritas a duras penas, y dudo de mi propia cordura. Si supiera cómo, las borraría y las sacaría de esta condenada página electrónica, que ni siquiera existe de verdad.

Así es nuestra vida ahora, virtual. Impalpable. Qué ironía... Y será la materia bruta en movimiento lo que termine con todo esto... En fin, me





estos zombis desgraciados que deambulan a mi alrededor. Al menos los locos no sufren tanto, sedados con generosidad. También tienen derecho a conocer la verdad, ahora que lo pienso. Quizá debería contarles mi historia y olvidarme de escribir. Es posible que sean más receptivos que los cuerdos.

Después de todo, a ellos tampoco les creen sus delirios...

Ojalá fueran así mismo desvaríos lo que atormenta mi mente, en vez de recuerdos.

-. - . . . . - . - . - . . . . - . - . . . . - . - . . . . - . - . . . . - . - . . . .  
- ...

¡Funciona! Entre tanta cabeza desordenada y errática hay tres o cuatro mentes ávidas de conocimiento. Desean saber, no intentan aburrirme con sus propias miserias y fantasías lunáticas, las mías les parecen más interesantes: ven la verdad en mis ojos.

Sólo los locos parecen distinguir en este lugar quién no es uno de ellos.

Mis adeptos, los llamo. Me parece un buen nombre, si en verdad he sido escogido para volver a iniciar el Culto. En medio de la soledad de la cueva no me di cuenta. Ahora que las imágenes de mi epifanía regresan, con fuerza creciente, soy capaz de interpretarlas bajo una perspectiva distinta.

Uno de mis fieles parece tener trato de favor aquí dentro. Gente con parientes de calidad, «hijo de nosequién». Qué más me da. El caso es que le dan permiso para salir de vez en cuando. Tengo una primera misión para él. Retomaré la publicación de ésta, nuestra epopeya. Prefiero llamarla así, ahora. No más miedos, nada de tildar de desvaríos a esta crónica. Mi misión parece aclararse a pesar de las circunstancias, que se empeñan en enmarañar un camino ya trazado.

El renacimiento de esta nueva Iglesia, que en realidad es la más antigua del planeta, será recogido por este humilde siervo de los Ancestros. Los Durmientes tendrán de nuevo quien vele su sueño, tal y como hicieron los seres desconocidos que habitaron aquella cavidad enorme, ilimitada, a la que tuve el privilegio de ser invitado.

Una vez repuesto, recuperado el aliento, resignados los pulmones a alimentarse con aquel aire espeso, la oscuridad se mostró ante mis ojos en toda su plenitud.

Las imágenes invisibles vuelven ante mí con toda su fuerza, bañadas en sensaciones vívidas y angustiosas... Los ojos no sirven. Todo está negro. Ya







